

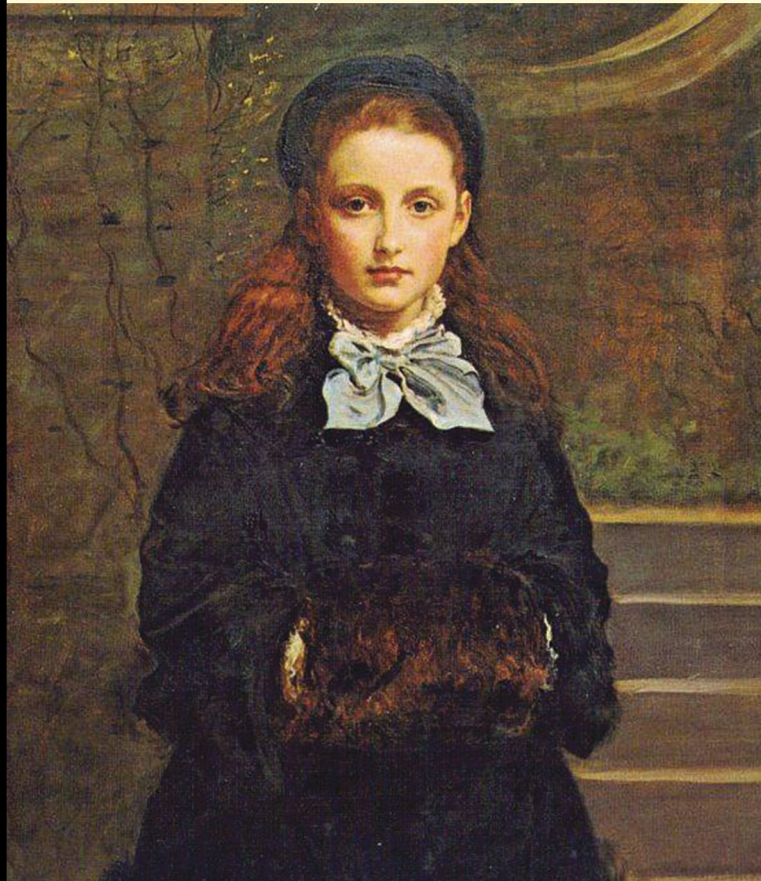
LOUISA MAY ALCOTT

La llave misteriosa y lo que abrió

GRANDES CLÁSICOS



FUNAMBULISTA



Una novela gótica
de la autora de *Mujercitas*
Inédita en español

La llave misteriosa
y lo que abrió

Grandes Clásicos

Louisa May Alcott

La llave misteriosa
y lo que abrió

Traducción e introducción
de Micaela Vázquez Lachaga



Primera edición: septiembre de 2021

Título original: *The Mysterious Key and What It Opened* (1867)

© de la traducción e introducción:
Micaela Vázquez Lachaga, 2021

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2021
c/ Flamenco, 26 - 28231 (Las Rozas) Madrid

www.funambulista.net

IBIC: FC

ISBN: 978-84-122371-9-1
Depósito Legal: M-21539-2021

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Picture of Health, Alice*,
John Everett Millais (1874)

Impresión y producción gráfica: Artes Gráficas Cofás

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

EL LADO MÁS GÓTICO DE LOUISA MAY ALCOTT
(introducción)

Tan solo un año antes de la publicación de la que sería su *magnum opus* —la renombrada *Mujercitas*—, Louisa May Alcott publicó una novela corta titulada *The Mysterious Key and What It Opened* (*La llave misteriosa y lo que abrió*). La presente traducción recupera esta obra menos conocida de la autora estadounidense, hasta ahora inédita en castellano.

La llave misteriosa y lo que abrió salió a la luz en diciembre de 1867, en el número 50 de la serie *Ten Cent Novelettes of Standard American Authors* (Boston: Elliot, Thomes & Talbot), una suerte de revista literaria que vendía *novellas* al precio de diez centavos. Y es que Alcott, en sus inicios como escritora, se vio obligada a recurrir a los folletines para ganar dinero. En enero de

1865, la autora dejó constancia de los motivos en su diario: «[...] están mejor pagados, y no puedo permitirme el lujo de morir de hambre a cambio de alabanzas cuando las novelas sensacionalistas se escriben en la mitad de tiempo y mantienen a la familia».¹

Así pues, en la década de 1860, contribuyó en periódicos populares como el *Boston Saturday Evening Gazette*, pero también en publicaciones seriadas baratas de menos renombre, como *The Flag of Our Union*. Esta última editó algunas de sus historias más sensacionalistas: novelas psicológicas y de intriga que escribió bajo el seudónimo de A. M. Bernard.² Su experiencia queda reflejada en el capítulo 34 de *Mujercitas*, cuando Jo March se ve en la misma situación: «Decidió escribir folletines, dado que, en aquella época aciaga, hasta los siempre perfectos Estados Unidos leían aquella basura. Sin decir nada a nadie, ideó una historia de misterio y fue a llevarla, muy decidida, a la oficina del señor Dashwood, editor del *Weekly Volcano*».³

1. Cheney, Ednah (ed.). (1898). *Louisa May Alcott: Her Life, Letters, and Journals*. Boston: Little, Brown and Company. Recuperado de Project Gutenberg. (Traducción propia.)

2. Rostenberg, Leona (1943). «Some Anonymous and Pseudonymous Thrillers of Louisa M. Alcott». *The Papers of the Bibliographical Society of America*, vol. 37, n.º 2, 131-140.

3. Alcott, Louisa May (2018). *Mujercitas*. Trad. Gloria Méndez. Barcelona: Penguin Clásicos (p. 539).

Aunque estas *novellas* no nos ofrecen una ventana a la vida de la autora, como ocurre con sus obras más domésticas y autobiográficas, sí resultan entretenidas, y nos muestran a una Alcott diferente a la que estamos acostumbrados. La escritora era una gran seguidora de Charlotte Brontë, cuya influencia queda reflejada en estas historias de suspense, que toman prestados el tono y los temas de las novelas góticas del siglo XIX. Es el caso de *La llave misteriosa*: una intriga familiar ambientada en la vieja mansión de una lady inglesa, que cuenta con una muerte rodeada de misterio, una protagonista inmadura y confusa, un joven enigmático que comienza a trabajar a su servicio, un giro argumental inesperado y una llave de plata que abre un mundo de secretos.

Esta combinación de ingredientes sin duda atraerá a cualquier lector que disfrute con las historias de misterio y romance decimonónicas, así como a todo aquel que aprecie la obra literaria de Louisa May Alcott y quiera conocer su lado más gótico e intrigante. Con la edición en castellano de esta novela corta, el público hispanohablante podrá descubrir el secreto que encerraba la llave misteriosa de los Trevlyn, en una historia que la propia Jo March podría haber publicado en el *Weekly Volcano*.

La llave misteriosa
y lo que abrió

I

LA PROFECÍA

*De los Trevlyn tierras y dinero
no hallarán heredera ni heredero;
hasta que, intacta, pese a la herrumbre,
en el polvo la verdad se vislumbre.*

—Esta es la tercera vez que te encuentro absorto en el estudio de esa antigua rima. ¿Qué encanto le ves, Richard? Imagino que no será su calidad poética.

Dicho esto, la joven esposa apoyó una delgada mano sobre la página amarilla y deteriorada por el tiempo en la que, escritos en un lenguaje anticuado, aparecían los versos de los que se burlaba.

Richard Trevlyn la miró con una sonrisa y arrojó el libro a un lado, como si le molestara que lo hubieran sorprendido leyéndolo. Tomando la

mano de su esposa entre las suyas, la llevó hasta el sofá, la envolvió en unos suaves chales y, sentándose en una butaca a su lado, le dijo con tono alegre, aunque sus ojos revelaban una preocupación oculta:

—Amor mío, ese libro recoge la historia de nuestra familia desde hace siglos, y esa vieja profecía aún no se ha cumplido, excepto el verso sobre los herederos. Soy el último de los Trevlyn y, a medida que se acerca el nacimiento de nuestro bebé, naturalmente pienso en su futuro y espero que disfrute de su herencia en paz.

—¡Si Dios quiere! —exclamó lady Trevlyn, mirando el antiguo volumen con recelo—. Lo leí una vez, pero, como cuenta cosas terribles, pensé que se trataba de un relato fantástico. ¿Es todo verídico, Richard?

—Sí, querida. Ojalá no lo fuera. Hasta el último par de generaciones, el nuestro ha sido un linaje tumultuoso y desgraciado. Nuestra naturaleza turbulenta comenzó con sir Ralph, el feroz caballero normando que asesinó a su propio hijo en un ataque de ira, asestándole un golpe con su guantelete de acero porque la férrea voluntad del muchacho no se sometía a la suya.

—Sí, lo recuerdo; y su hija Clotilde protegió el castillo durante un asedio y se casó con su primo, el conde Hugo. Es un linaje belicoso, pero

me gusta a pesar de los actos descabellados de tus ancestros.

—¡Se casó con su primo! Esa ha sido la cruz de nuestra familia en épocas anteriores. Como éramos demasiado orgullosos para emparejarnos con los demás, lo hicimos entre nosotros hasta que empezaron a nacer idiotas y lunáticos. Mi padre fue el primero en romper la tradición, y yo seguí su ejemplo: escogí la flor más fresca y resistente que pude encontrar para trasplantarla a nuestras agotadas tierras.

—Espero que te honre y florezca con hermosura. Nunca olvido que me sacaste de un hogar muy humilde para convertirme en la mujer más feliz de Inglaterra.

—Y yo nunca olvido que tú, siendo una muchacha de dieciocho años, accediste a abandonar tus colinas para venir a alegrar la casa de un viejo como yo, que llevaba tanto tiempo desierta —contestó su esposo con cariño.

—No te llames viejo; solo tienes cuarenta y cinco años, y eres el hombre más audaz y guapo de todo Warwickshire. Sin embargo, últimamente pareces preocupado; ¿qué te ocurre? Cuéntame-lo, para que pueda animarte o darte algún consejo.

—No es nada, Alice, solo estoy preocupado por ti, como es natural... Y bien, Kingston, ¿qué quiere usted?

El tierno tono de voz de Trevlyn se tornó brusco cuando se dirigió al criado que entraba en la sala; también desapareció la sonrisa de sus labios, dejándolos secos y blancos mientras miraba la tarjeta que le entregaba. Permaneció de pie contemplando el papel durante un momento y después preguntó:

—¿Está aquí el hombre?

—En la biblioteca, señor.

—Iré a verlo.

Arrojó la tarjeta al fuego y observó cómo se convertía en cenizas antes de comentar, apartando la mirada:

—No es más que un fastidioso asunto de negocios, cariño; vuelvo enseguida. Mientras tanto, tumbate y descansa.

Se despidió de ella con una caricia rápida, y la dama advirtió una expresión de intensa emoción en el semblante de su esposo cuando este pasó frente al espejo al salir. Ella no le dijo nada, sino que permaneció tumbada durante varios minutos, luchando contra un fuerte impulso.

«Está enfermo y nervioso, pero me lo oculta. Tengo derecho a enterarme de lo que está pasando, y me perdonará cuando le demuestre que el hecho de que lo sepa no hará ningún daño a nadie.»

Mientras se decía aquello, se levantó, se deslizó sin hacer ruido por el pasillo, entró en

un pequeño armario que estaba empotrado en la gruesa pared e, inclinándose hasta el ojo de la cerradura de una puerta estrecha, se puso a escuchar con una sonrisita en los labios por la travesura que estaba cometiendo. Se oía un murmullo de voces. El que más hablaba era su marido; de pronto, uno de sus comentarios borró de forma brusca la sonrisa del rostro de la joven. Esta se sobresaltó, se encogió y se estremeció; se agachó más, con los dientes apretados, las mejillas blancas y el corazón presa del pánico. Los labios se le volvieron cada vez más pálidos; la mirada, cada vez más desconcertada; y la respiración, cada vez más débil, hasta que, con un largo suspiro —un vano esfuerzo por salvarse—, se desplomó en el umbral de la puerta, como si la muerte la hubiera fulminado.

—¡Señor, ten piedad! ¿Se encuentra bien, milady? —exclamó Hester, la criada, cuando su señora entró en la habitación como un fantasma, media hora después.

—Me siento débil y tengo frío. Ayúdeme a meterme en la cama, pero no moleste a sir Richard.

La recorrió un escalofrío mientras hablaba y, mirando a su alrededor con aflicción, apoyó la cabeza sobre la almohada como alguien a quien poco le importaría volver a levantarla. Hester,

una mujer de mediana edad muy perspicaz, observó a la pálida dama durante un instante y abandonó la habitación murmurando:

—Algo va mal, y sir Richard debe saberlo. Seguro que ese hombre de barba negra no promete nada bueno.

Se detuvo frente a la entrada de la biblioteca. No se oían voces dentro de la sala; lo único que escuchó fue un quejido ahogado; entró sin esperar a llamar a la puerta, temiendo algo, aunque sin saber bien qué. Sir Richard estaba sentado a su escritorio con la pluma en la mano, pero tenía el rostro escondido en el brazo y una actitud que revelaba la presencia de una desesperación agobiante.

—Disculpe, señor, milady está indispuesta. ¿Quiere que avise a alguien?

No hubo respuesta. Hester repitió la pregunta, pero sir Richard ni se inmutó. Alarmada, la sirvienta le levantó la cabeza, vio que estaba inconsciente y llamó pidiendo ayuda. Aunque ya no se podía hacer nada por Richard Trevlyn, este aguantó con vida algunas horas. Solo habló una vez, murmurando con voz queda:

—¿Alice vendrá a despedirse?

—Tráigala, si es posible —pidió el médico.

Hester fue a buscarla; la encontró tumbada tal como la había dejado, como una figura escul-

pida en piedra. Cuando le transmitió el mensaje, lady Trevlyn replicó con firmeza:

—Dígale que no voy a ir.

Y se volvió de cara a la pared con una expresión que intimidó tanto a la criada que esta no pronunció otra palabra.

Hester le susurró la dura respuesta al médico, temiendo articularla en voz alta; sin embargo, sir Richard llegó a escucharla y falleció con una plegaria desesperada en los labios, rogando perdón.

Cuando amaneció, sir Richard yacía envuelto en su mortaja, y su recién nacida, en la cuna; al primero nadie lo lloró, y a la segunda la recibió con desgana la esposa y madre que, diez horas atrás, se había considerado a sí misma la mujer más feliz de Inglaterra. Habían creído que lady Trevlyn se moría, así que, a petición suya, le habían llevado la carta sellada que su esposo había dejado para ella. La leyó, la apoyó sobre su pecho y, despertando del trance que le había helado las venas y tanto parecía haberla cambiado, suplicó con vehemencia a quienes la acompañaban que le salvaran la vida.

Tuvo un pie en la tumba durante dos días; lo único que la salvó, según los doctores, fue su indómita voluntad de vivir. Durante la tercera jornada experimentó una recuperación maravillosa,

como si algún propósito le hubiera otorgado una fuerza sobrenatural. Cuando cayó la noche, la casa estaba muy silenciosa, pues ya había cesado el triste revuelo provocado por las preparaciones para el funeral de sir Richard, que yacía por última vez bajo su propio techo. Hester estaba sentada en la oscura habitación de la señora, y el único sonido que rompía el silencio era la canción de cuna que la nodriza entonaba en voz baja para la bebé huérfana de padre que se encontraba en el dormitorio contiguo. Lady Trevlyn parecía dormida, pero de repente descorrió la cortina y preguntó con brusquedad:

—¿Dónde yace mi esposo?

—En la habitación principal, milady —respondió Hester, que observaba nerviosa el brillo febril de los ojos de su ama, sus mejillas sonrosadas y la calma antinatural de su actitud.

—Ayúdeme a llegar hasta allí; he de verlo.

—Eso la mataría, milady. Ni se le ocurra, se lo ruego... —comenzó la criada; pero la mujer no parecía escucharla, y algo en la palidez y en la seriedad de su rostro la sobrecogió tanto que terminó cediendo.

Tras envolver la delgada figura de la dama en una cálida bata, Hester la acompañó o, más bien, cargó con ella hasta aquella habitación y la dejó en el umbral de la puerta.

—Debo entrar sola; no tiene nada por lo que temer, pero espéreme aquí —dijo lady Trevlyn, y cerró la puerta tras ella.

No habían transcurrido cinco minutos cuando volvió a aparecer sin rastro de tristeza en su rígido semblante.

—Lléveme a la cama y tráigame mi joyero —exigió, dejando escapar un suspiro estremeecedor cuando la fiel sirvienta la recibió con una exclamación de agradecimiento.

Cuando se acataron sus órdenes, cogió el retrato de sir Richard que siempre colgaba sobre su pecho y extrajo el óvalo de color marfil de su estuche de oro; guardó el primero bajo llave en un cajoncito del joyero, volvió a colocarse el guardapelo vacío sobre el pecho y le ordenó a Hester que le entregara las joyas a Watson, su abogado, quien las consignaría en un lugar seguro hasta que creciera su hija.

—Va a volver a ponérselas, querida mi lady; es usted demasiado joven para pasar de luto el resto de su vida, incluso por un hombre tan bueno como el santo señor. Busque consuelo y anímese, aunque sea por el bien de la niña.

—No voy a usarlas nunca más —sentenció lady Trevlyn mientras corría las cortinas, como si cerrara la puerta a la esperanza.

Enterraron a sir Richard y, transcurridos los nueve días de cotilleos, el misterio de su fallecimiento murió de inanición, pues la única persona que podría haberlo explicado se encontraba en un estado que no permitía la mención de aquel trágico día.

El juicio de lady Trevlyn peligró durante un año. Una fiebre prolongada la dejó tan débil, mental y físicamente, que había pocas esperanzas de que se recuperara, y pasaba los días en un estado de apatía triste de contemplar. Parecía haberlo olvidado todo, hasta la consternación que tanto la había angustiado. Ni siquiera ver a su hija conseguía animarla, y se sucedieron los meses, uno tras otro, sin dejar rastro de su paso en la mente de la mujer y apenas restaurando la debilidad de su cuerpo.

Nadie descubrió quién era aquel extraño, cuál había sido el objeto de su visita ni por qué nunca había vuelto a aparecer. Se desconocía el contenido de la carta que había dejado sir Richard, pues lady Trevlyn había destruido el papel y no se le podía sonsacar nada de información. Según los médicos, la muerte del señor se había debido a una enfermedad cardíaca, aunque podría haber vivido muchos años más si no hubiera sufrido esa conmoción repentina. Quedaban pocos familiares que pudieran llevar a cabo investi-

gaciones al respecto, y los amigos pronto se olvidaron de la affigida y joven viuda; de ese modo pasaron los años, y Lillian, la heredera, alcanzó la niñez a la sombra de este misterio.